

# REVISTA GALAICA.

Año II.

Ferrol 30 de agosto de 1875.

Núm.º 16.

## LA LIBERTAD DE CULTOS.

### I.

Cada vez es más inexplicable para nosotros que, en pleno siglo XIX, se pretendan hacer políticas las cuestiones simplemente religiosas. Constituido un país y establecidas por consiguiente sus leyes generales referentes al orden moral como al civil, el individuo debe ser completamente autotélico en su esfera de acción intelectual, siempre que su autotelia no afecte directa ó indirectamente á la colectividad ó agrupación social en que vive. En hora buena que al individuo se le impongan *deberes civiles* con respecto al gran todo de que forma parte como molécula social;—pero reconozcáanse á la vez los *derechos morales* que tiene en sus relaciones para con Dios, si el hombre es en efecto un sér libre é inteligente; si existen, en fin, derechos que arrancan de la naturaleza humana, de tal manera que sin ellos no se concibe la personalidad del hombre con sus esenciales atributos, y que por consiguiente son anteriores y superiores á toda ley positiva.

Dando á la cuestión un sentido más eminentemente práctico, si al hombre se le deja en completa libertad por los gobiernos de las naciones cultas, para curar las enfermedades de su cuerpo, bien por la escuela homeopática, bien por la alopática, —¿por qué no se le ha de dejar esa misma libertad para curar las tribulaciones de su alma al demandar la misericordia del Sér Supremo, ya por medio de la ritualidad protestante, ya católica, ya muzárabe, ya israelita, ya mahometana, ya budista, ya baptista, ya metodista, ya invirgirana, etc. etc.?—¿Por qué se ha de querer mistificar la *cosa pública*—política—con lo que está más alto que todas las *repúblicas* habidas y por haber, como es la cuestión individual, puramente individual y no colectiva, del hombre y Dios?—Sea cualquiera la forma que tome la emanación congénita, íntima y purísima de la criatura hacia su Creador, cuando esta forma no afecte la moral universal, por nada ni para na-

da deben ponerle trabas los gobiernos sabios y prudentes de los pueblos civilizados: otra cosa sería la barbarie de las barbaries, propia tan sólo del oscurantismo de los siglos que pasaron.

### II.

Que los gobiernos velen por la moral pública, convenido; pero que los gobiernos hoy por hoy traten de *imponernos* una religión, esto sobre ser risible es absurdo, y sobre absurdo, despreciable.

¿Con qué derecho ó en nombre de qué principio racional Juan, Pedro y Diego, que llegan á ser ministros de una nación por medio de las cábalas repugnantes de la política, han de legislar sobre las inspiraciones de nuestra alma hacia el Sér Supremo, y violentar, sofocar y triturar esas misteriosas y sublimes melodías del espíritu que sólo de Dios salen, por Dios se sienten, y para Dios vuelven?

¿Quién es el miserable, quién es el osado, quién es el impío, quién es el asqueroso gusano de la tierra que pretende mezclarse entre Dios y nosotros cuando el alma tiende sus alas de nácar y de rosa y se eleva espontáneamente hacia la Divinidad,—y allá, en el cielo del pensamiento, se abisma y se evapora, por decirlo así, en las fruiciones consoladoras de lo eterno y de lo inmenso?

¿A nombre de qué y por qué, pretende inmiscuirse en la delicada esencia de nuestra alma que se eleva á Dios, un pecador de la tierra, tal vez más pecador que nosotros aún cuando se revista de sacerdote de tal ó cual secta? Tanto valdría pensar las flores de los campos para que no esparcieran á las alturas el suave aroma de sus corolas, lo que equivaldría á mutilarlas.

### III.

Pero lo más singular de todo, es que sólo en Europa nuestra nación es la única donde no se quiere por algunos que exista la libertad de cultos,—dando lugar con esto á que se mofen las demás potencias, diciendo con razón que el Africa comienza en los Pirineos.

Cuando hasta en Portugal hay libertad de cultos, cuando la hay hasta en la misma Roma, córte del pontífice católico, ¿cómo se vacila aún entre nosotros respecto á adoptar una actitud resueltamente franca, lógica y liberal por los gobiernos?

¿Qué se quiere? ¿qué seamos, por ejemplo, católicos?—¿Y por qué razon divina ó humana se pretende esto?—¿Por qué hemos de ser farsantes y cómicos en religion si esto nos repugna?—¿Por qué hemos de ser católicos si hasta este nombre es una mentira, puesto que la iglesia católica no es verdad universal?—¿Por qué hemos de ser apostólicos, si la religion católica no es la que enseñaron los apóstoles?—¿Y por qué, en fin, hemos de ser romanos, si somos españoles?

¿Por qué, por ejemplo, no hemos de ser sólo cristianos, si así sale de nuestra alma, sinó que además tenemos que ser católicos, apostólicos y romanos, que equivale á decir la farsa de las farsas?

Abrid el Evangelio: leed cuanto nos dice Jesucristo en el Sermon de la montaña, —y decidnos si hace falta saber más en el mundo para elevar el alma á las espléndidas regiones de nuestro Padre Supremo, fuente de toda moral.

Leed las palabras de Jesucristo en esas páginas de oro del Evangelio, — y decidnos si se puede sintetizar más la ritualidad religiosa:

«Y TU CUANDO ORARES, ENTRA EN TU APOSENTO, Y CERRADA LA PUERTA, ORA Á TU PADRE EN SECRETO; Y TU PADRE QUE VÉ EN LO SECRETO, TE RECOMPENSARÁ.

¿No condenan estas palabras del dulce cordero del Calvario, todas las iglesias habidas y por haber?—Aun cuando el hombre no pudiera articular frase alguna al dirigirse á Dios secretamente, ninguna de las sensaciones que agitaran su alma en aquellos instantes, podría ocultarle al que todo lo vé en lo oscuro: al sér en que vivimos, nos movemos y somos, Tiempo y Espacio.

Si hubiera, pues, un gobierno que se empeñara en prohibir la libertad de cultos, y en violentar á los pueblos obligándolos á ser católicos, —ese gobierno seria, sobre despótico, ANTI CRISTIANO!!

#### IV.

La cuestion religiosa no debe, pues, preocupar á gobierno alguno,—como no le

preocupan las diferentes sectas ó escuelas médicas para curar las enfermedades físicas de los individuos. Todos los caminos conducen á Dios, excepto el del ateísmo. Regularizar las emanaciones del alma que tienden espontáneamente al Sér Supremo, es la violencia de las violencias. Tratar de encauzar ese sentimiento individual purísimo, es adulterarlo; es hacerlo inaceptable para Dios, puesto que el Creador *demasiado sabe cómo, y cuando, y por qué, y para qué crea á las criaturas.*

¡Cuándo acabareis de comprender esta sublime verdad! oh, idealistas trasnochados! ¡Cuándo comprendereis que Dios sabe desde que uno nace, cuanto ha de sentir, pensár y hacer en el mundo! ¡Si nos negais esto, negariais entónces la sabiduría de la Divinidad, de esa *realidad sin forma*, de esa vibracion espiritual que sentimos en nuestro propio espíritu!

Reconocidas estas premisas ¿cuál será entónces más aceptable á los ojos de Dios, la adoracion *espontánea* del individuo ó la adoracion *oficial* del individuo que le impone Juan, Pedro ó Diego?

Dejen, pues, los gobiernos á los ciudadanos en su completa libertad de conciencia, respecto á la cuestion religiosa; —y, bajo la base de la moral universal, ocúpense de la administracion pública que les está confiada, si aciertan á desempeñarla con el tino que demandan nuestras perturbaciones políticas, hijas del *quitate tú para ponerme yo.*

#### V.

Por último—y comprended bien esta sentencia,—respecto á la cuestion religiosa, si fuera posible refundir en un sólo sentimiento todo el valor de las lujosas catedrales del mundo, *no valdria tanto* á los ojos de Dios como una sóla ráfaga del sentimiento íntimo de la criatura, que tiende *hacia él secretamente* en el misterio de sus dolores!

Cuando el individuo trata de dirigir á Dios el aroma de su alma, la ostentacion no supone sinó vanidad, ó soberbia, ó hipocresía. El verdadero sentimiento religioso huye de toda ostentacion, como sensibilidad exquisita del recogimiento congénito del alma. Por eso condenó Jesus la *ostentacion* religiosa y recomendó el *recogimiento*. Oid sus palabras elocuentísimas:

«Y cuando oreis, no seáis como los hi-

pócritas, que aman el orar en pié en las iglesias, y en los cantones de las plazas, PARA SER VISTOS DE LOS HOMBRES.»

«Tú cuando orares, entra en tu aposento, y CERRADA LA PUERTA, ora á tu Padre en secreto: y tu Padre que vé en lo secreto, te recompensará.»

«Y cuando orares, *no hables mucho* como los gentiles; pues piensan estos que por mucho hablar serán oídos. No queráis pareceros á ellos, porque vuestro Padre sabe lo que habeis menester, *antes que se lo pidais.*»

Estas palabras que nunca, nunca y nunca nos cansaremos de repetir, debian grabarse en el fondo de todas las conciencias, porque entrañan cuanto necesita el alma para dirigirse á Dios. Ellas condenan el *farisaismo* moderno como condenaron el farisaismo antiguo. Y á estas palabras del manso cordero del Calvario, debian ajustar su conducta los gobiernos ilustrados de los pueblos, dejando al individuo en completa libertad de adoptar su enseñanza ó no adoptarla,—que para él seria el bien ó el mal en la vida de la eternidad é inmensidad de Dios. Quien pretendiese contrariar estas sublimes palabras de Jesucristo, *no seria cristiano*, ni digno de la consideracion de sus semejantes. Se colocaria fuera del derecho de gentes en el órden moral y religioso. Tendria el criterio de los chacales.

BENITO VICETIO.

23 de enero de 1875.

LA CAIDA DE LA HOJA.

Del norte bramador el ronco acento  
el silencio interrumpe  
del hondo valle y del desierto bosque:  
las nubes amontona en el espacio,  
que cual espeso velo,  
negras empañan el azul del cielo.

Oculta el sol, su luz vivificante  
niega á la madre tierra,  
que, inundada de lluvia y blanca nieve,  
inmenso cenagal doquier figura  
mustias las gayas flores,  
perdieron sus aromas y colores.

Do plácido arroyuelo discurría  
las plantas fecundando,  
turbio torrente arranca la maleza  
y la lleva hasta el mar, que inquieto ruge  
y amenaza violento  
escalar el oscuro firmamento.

Natura desolada triste llora  
del verano la ausencia:  
en silencio los bosques do sonaron  
de las parleras aves los gorgeos,  
melancólico acento  
en sus ramas produce el ronco viento.

A su soplo aterido se estremecen  
las hojas amarillas,  
un tiempo abrigo de brillante insecto  
y del ábrego el golpe repetido  
se desploman, borrando  
los senderos que el hombre fué formando.

En remolino rápido se agitan  
con sórdido ruido:  
ruge Leviatan y las esparce  
á do su imperio alcanza, y despoblada  
la alta copa queda,  
y el suelo de la húmeda arboleda.

Así del hombre en la vejez helada  
la decrepita vida  
en vano intenta resistir la muerte.  
A su golpe terrible se extremece,  
y al cabo se derrumba  
en el profundo abismo de la tumba.

SEGISMUNDO GARCÍA CASTRO.

Ferrol, 1874.

GALICIA PINTORESCA.

MONASTERIO DE MONFERO.

IV.

Acabada la funcion de iglesia, tendióse la gente por el yermo á tomar su refaccion y alli pudimos reconocer nuevamente la verdad acerca del carácter de los monferinos. Las ramas dispersas volvian á unirse con el tronco. Cinco ó seis familias venian á incorporarse en una donde estaban los petrucios ú originarios, y juntando sus meriendas á la de los abuelos, formábase una sola mesa en un trecho de aquel campo y venian á proyectarse círculos de veinte, treinta y aún cuarenta personas á disfrutar del javalí cœcido y de la tortilla de queso; abuelos, padres, hijos, nietos, suegros, esposos, sobrinos y primos, ancianos, mozos y niños tambien. Convidándose unas á otras esas reforzadas familias y reinando la mayor complacencia y armonía en todos.

A la comida sucede el baile y ni un disgusto, ni la menor palabra ofensiva se escucha en ningun círculo. Mídese exactamente el tiempo de tarde que se necesitará para llegar cada uno á su albergue y se va disolviendo la reunion despidiéndose las familias congregadas en una, los amigos, los conocidos y el vecindario de cada rumbo, y despues el de cada parroquia, y por último el de cada lugar-cillo van, al son de sus cantares y al estruendo de

sus [escopetas, pacíficamente desvaneciéndose por los senderos, volviendo á bajar y subir montañas y cruzar rios y perderse por entre los uzales y robledas hasta llegar al apetecido descanso del hogar propio.

Los más lejanos nos hallamos en las orillas del taciturno Eume, entre el alto Gestoso y Bermuy. Los que no llevan caballo ó no cuentan con el del pariente ó amigo, tendrán que vadearlo porque puente no existe hasta las de Garcia Rodriguez ni es fácil que en cualquier punto del rio haya barca de pasage. Las mugeres no es posible que lo vadeen sin riesgo de descubrirse; pero no falta un moderno San Cristóbal por parroquia, el cual, descalzándose y arremangando el pantalon de lienzo hasta descubrir enteramente el velludo muslo y arimado á un pino con que tienta el fondo de las aguas y la seguridad del canal y se sostiene, va tomando sobre sus espaldas una á una las mugeres, las que cruzando sus brazos al cuello del Alcides y encorvándose y encogiéndose todo lo posible sus ropas y rodillas miéntras el Hércules le presta además apoyo con el izquierdo brazo echado atrás, comienza la operacion de ir pasando las mugeres, yendo y viniendo con espanto de reos y truchas, de una á otra orilla, por líneas tortuosas, buscándose el mejor vado; y por último los ancianos y hasta los jóvenes son conducidos por aquel hombre infatigable.

En tanto el pasage no se realiza por completo y aún despñés de realizarse, pues á una parroquia sucede otra, se ve una multitud agrupada en cada orilla, que aguarda á pasar ó espera por los otros despues de haber ella pasado. Nada más pintoresco y agradable que formar en uno de los grupos, á la sombra de toda clase de arboles como engalanan y enriquecen las orillas del rio y aquellas precipitadas pendientes de todo su curso, por donde se extienden hasta las cumbres vírgenes bosques y los nogales, cerezos, castaños, perales, manzanos, avellanos, espinos y robles se mezclan en confusion con los sáuces, álamos, pinos, alisos, tejos, abedules y laureles y con los colosales tojos, retamas y zarzales y cien y cien clases de árboles diversos con cuyas sombras, flores y frutos, convidan al sorprendido viajero que no ha nacido en aquellas vertientes é inmediaciones. Nada más pintoresco y agradable repetimos, que ver tan frondosas orillas y laderas cuya frondosidad se aumenta reproduciéndose en el espejo de las mansas y cristalinas aguas de caudaloso rio, y entre el verdor sombras de la enramada, amenizan los vivos colores del gracioso traje de las hijas del pais, uniéndose al murmullo de las aguas que pasan á San Juan de Caaveiro, el susurro del céfiro que orea los bosques, y al cánti-

co del ave que anida en las florestas, el de la tierna doncella enamorada, de Rivadeume y de Bermuy, que entona su cántica del *alalala* llena de sentimiento y pasion buscando los ojos de su amado que vuelve á la opuesta orilla para conducir en su caballo la hermana de su cantora.

Los que de este suelo de Galicia soñais con Italia, atraídos por las delicias del Arno y las bellezas del Tiber, venid ántes á las orillas del Eume; no en dos rios, en solo uno, y sin ir tan léjos, encontrareis desde su nacimiento desconocidas delicias y más grutas, y al mezclar sus aguas nuestro rio con las del mar, hallareis tan incomparables bellezas como jamás las ha producido Sorreño ni Roma.

Pero no iréis allí, no. Las márgenes del Eume quedarán más ignoradas que las del Amazonas para muchos hijos del pais. En cuanto á las ruinas del monasterio de Monfero, desaparecerán sin duda ántes que podais pasar á saludarlas.

Si visit seis por enero los pronunciadas sierras que al Eume caen, aproximadas unas á otras por un efecto óptico que produce la nieve que las alfombra, no echareis tampoco de ménos la vista de los Alpes con las ramas de sus pinos casi desgajadas por el peso de la nieve que en ellas se deposita. Veríais los dientes de cada sierra convertidos en blanquísimo mármol y como frente al alto Gestoso se cruzaban las montañas delante de otra mayor á la manera que una vírgen pliega y cruza sobre su pecho un albísimo pañuelo adornado y prendido con alfileres de brillantes. Y mirando al Eume desde lo alto de la Louseira, admiraríais delante de vosotros aquel espectáculo sublime en que las montañas se asemejaban á pabellones de armiño desprendidos del mismo cielo, cruzándose en la lontananza, presentando sus árboles por toda la extension, desde la cumbre á la ribera, convertidos en candelabros y arañas colosales de cristal purísimo con su ornato de hojas de varios transparentes colores, mientras que al Eume soberano le veríais tendido sosegadamente por lo profundo de aquellas sinuosidades y estrechuras besando los secos pámpanos y las tempranas hojas y flores del saúco y del sauce.

Os molestaría el frio, pero las casas, ó chozas si quereis, os harian recobrar á su abrigo el perdido calor, cubiertas de negro y relucientes pizarras que solo notaría por dentro á causa de la nevada, y surtidas de abundante combustible y demás bienes que la Providencia proporeiona á los paisos montañosos en cambio de otras comodidades y regalos comunes de las ciudades cultas y de las campiñas mimosas. Lumbre, pan, cecina, queso y vino no os faltarian ni tampoco un lecho de paja lim-

pia y fresca y olorosas sábanas, si la noche os cogía en aquella humilde choza. El agrado de los habitantes haría más sabrosas las ofrendas y su conversación, de más aplomo que la de muchos que se tienen por hombres de Estado, y de más verdad que muchísimas historias de los contemporáneos sucesos, os ilustraría de véras, acerca de nuestro moderno feudalismo que tantas riquezas agota y paraliza tanto nuestros adelantos. Allí encontrarías acaso, como nosotros, un buen anciano consejero y un buen jóven animoso de aquellos que en los castañares solían tropezar sin saberlo con los antiguos reyes que conocedores de su virtud y prendas, en el acto los estimaban como escondidos tesoros y los elevaban al más alto grado de la Real confianza y la fortuna. Quizás estudiaríais con ellos más filosofía en un día sólo que cuanta en muchos años hallais buscado entre los libros.

Sordos, sin embargo, nosotros para oír la voz de la verdad, y ciegos para no buscar [ni distinguir la belleza ni la virtud, proseguimos en la embriaguez de los pueblos, esclavizados horriblemente á ideas y costumbres tal vez nocivas, menospreciando las montañas y al montañés por quien vivimos, sin que nos dignemos acercarnos á él un solo instante, pudiendo ciertamente aplicárenos á tal asunto lo que el eminente poeta gallego Antonio Francisco de Castro nos reprende hablándonos de los rayos del sol; pudiendo nosotros comprender tambien en sus pensamientos, hasta cierto punto, la montaña y los «brazos» del labrador honrado y laborioso.

Dice así Castro en su bella poesia de la «Mañana en el campo» con que nos despedimos de Monfero:

.....A la influencia  
de sus rayos debeis el rubio grano,  
y el dorado licor que en vuestras copas  
brilla: á sus rayos frutas sazonadas,  
que el estío os prodiga y el otoño;  
á su influjo las carnes y los peces  
que á vuestra gula dan pávulo inmenso:  
á sus rayos el oro y los metales,  
que engendra su calor. Todo á sus rayos  
lo debeis: ¡y entretanto no os merece  
que madrugueis por él un solo dia,  
ni su hermosa beldad, ni sus favores,  
ni el ser de Dios la imágen más augustal

ANTONIO DE LA IGLESIA.

Coruña—1860.

## EL TROVADOR Y LA SERRANA.

### TRADICION.

Al pié de los altos muros  
del castillo de Villaiba,

T. II.

al vago lucir del alba  
que lanza el primer fulgor,  
mirando á una celosía  
que pálido rayo dora,  
pulsando la lira sonora,  
inspirado trovador.

#### I.

Empieza á lucir la aurora,  
abre su cáliz la flor,  
tierna arrulla la paloma,  
canta alegre el rui señor,  
y bajo tu celosía,  
reina mía,  
triste llora el trovador.

Yo soy un bardo sombrío  
que en la noche apareció,  
el génio amante de un río  
mi pobre cuna meció.

#### II.

¿Por qué amaste al caballero  
si antes me amabas á mi,  
á mi que tanto te quiero,  
y que me muero sin ti...?  
Entre él y yo la partida  
yo, mi vida,  
porque soy pobre perdí.

Yo soy una sombra estraña  
que huye en su afán de la luz,  
mi palacio es la montaña,  
mi tesoro es mi laud.

#### III.

¡Ay! duerme, duerme, señora,  
que fuiste serrana ayer,  
y no sepas del que llora  
el amargo padecer:  
duerme, duerme, que entretanto  
con mi canto  
dulce tu sueño he de hacer.

Yo soy la nave sin guía,  
errante cruzo la mar,  
ave que al morir el día  
solo canta en el penar.

#### IV.

Más, adios, linda serrana,  
duerme y no llores por mi:  
duerme, duerme que mañana  
tal vez ya no cante aquí:  
que soy un ave estrangera,  
que no espera  
nada en el mundo sin ti.

Adios, en el horizonte  
el alba empieza á lucir...  
voy á la gruta del monte  
con mis padres á dormir.

Apenas el triste canto  
del trovador se extinguía,  
abrióse la celosía  
y una mano apareció:  
y una triste siempreviva  
bella flor, más sin fragancia,  
como prenda de constancia  
al pié del bardo cayó.

Al otro día, aun apenas  
alzado el fuerte rastrillo,  
salió del viejo castillo  
un enlutado ataud.  
Y á la luz de los blandones  
vióse una muger inerte,  
en quien despreció la muerte  
hermosura y juventud.

Y es fama que allá en la noche,  
cuando la luna fulgura,  
de su tumba al pié murmura  
blanca sombra una oracion;  
y de un laud armonioso,  
que pulsa invisible mano,  
se oye en la calma lejano  
el melancólico son.

JOSÉ CASTRO PITA.

Lugo—1863.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

## LOS VILLANOS DE ALLARIZ.

V.

El rollo.

A las pocas horas de la salida del conde, doña Leonor mandé llamar al merino mayor á su cámara.

El paje Hernan celoso de aquella entrevista, se colocó en una pieza alta de la torre, desde donde se veía cuanto pasaba en la cámara de la condesa, por una vidriera que aunque distante, la dejaba en descubierta.

Hernan vió lo que nunca hubiera deseado ver... Vió las dos figuras de la condesa y el merino crecer y plegarse por medio de ademanes descompuestos como si riñeran; y luego vió á la condesa caer de rodillas á los piés del merino, como si se arrojara ante un Dios, y al merino tenderle los brazos y así abrazados, confundirse las dos figuras en una como si las uniera un dulcísimo lazo de amor.

Esta visualidad desconcertó á Hernan: dió al traste con todos sus sueños de ternura.

El misero doncel amaba locamente á la condesa, y desde que tuvo celos, presenciando lo que presenciaba, se llevó las manos al pecho como si pretendiera arrancarse de él su amante corazón, pues sentía un dolor tan intenso que no podía permanecer inmóvil ni un momento.

Al mismo tiempo las lágrimas se asomaban á sus ojos.

Las lágrimas son la sangre del alma, y mucho debía padecer la suya para sufrir cuanto sufría.

Al ver lo que el infeliz vió, todos sus sueños se desvanecieron en el vacío: aquella historia que le refiriera la condesa, en la que él creía ser el paje Oñun y no lo que era, el paje Nanreh, se desvanecía también en el caos como sus dulces sueños; y desatentado y frenético, odiando á muerte á su señora y al merino, descendió de la torre, salió del castillo y se perdió en las soledades que rodean el convento de Santa Clara, buscando en la soledad la calma que había perdido.

Por el contrario, la soledad no hace más que alimentar y desarrollar los odios ó los amores.

Mil veces creemos que con aislarnos, con buscar los remansos de la vida, el corazón se ha de purificar de las pasiones violentas que lo conmueven, y nada más ilusorio, ni más fatal. La soledad, los remansos, como no dan vida á la vida, traen delante los recuerdos más punzantes y atormentadores, y lejos de ser un lenitivo para los males que á uno agobian, trabajan el espíritu de la manera más cruel.

Hernan caminando y caminando siempre por las soledades, y muchas veces desandando su camino, se encontró á la media noche cerca del Arnoya, sin salir de las inmediaciones de Allariz.

Era una de esas noches frescas de otoño, en que el aura corre impregnada con las suaves emanaciones de las florestas, en que la luna brilla esplendorosamente sobre el oscuro azul del cielo, y en que la creación animal duerme, para que despliegue sus encantos la creación vegetal.

Viviendo, pues, en esa atmósfera vegetativa el espíritu parece agrandarse en sus odios y en sus amores, tanto, que respirando esa atmósfera nunca se delira con tanto delirio, por decirlo así, como se delira entónces.

Hernan paseando, Hernan sentado orillas del Arnoya, pasó así la noche; pero los proyectos de asesinato que formó, llevando una y mil veces la mano á la empuñadura de su daga, pueden decirse que fueron mil y uno y á cual más loco, á cual más extravagante.

Su odio á la condesa y al merino no tenía límites; era tal, que al recordar, no los abrazos, pero sí las facciones de ambos, un estremecimiento terrible conmovía su organismo y le obligaba á hacer actitudes amenazadoras.

Si el pobre rapaz hubiera tenido más penetración y hubiera comprendido bien la historia de la hermosa Ronoel y del paje Oñun ¡cuán distintos habieran sido sus pensamientos! Indudablemente caería á los piés de sus padres pidiendo mil perdones.

Pero para las obcecaciones absolutas, no hay nada como el amor. El niño, el hombre que ama, como amaba Hernan, con toda la magnificencia deslumbradora que engendran las ilusiones del adolescente, es una abstracción concreta en el círculo de afecciones en que vive.

Cuando amaneció, cuando la aurora estendía sus resplandecientes fajas de luz por el azul pálido del horizonte, Hernan se dirigió lentamente hacia el castillo subiendo hacia la plaza que entonces había entre la mansión feudal y el monasterio de las clarisas.

Al penetrar en la plaza, ya había más claridad, ya el sol asomaba sobre las oleadas de verdura de Allariz, iluminándolo todo completamente.

Entonces le sorprendió al paje el ver mucha gente reunida en la plaza, y conforme atravesaba los grupos, oía voces de lástima por el estilo: «¡Infeliz Alonso de Paredes! a esta hora debía casarse con Ailiena, y a esta hora aparece en el rollo!

El joven, aunque no conocía a la persona que se designaba, tantas y tantas eran las lamentaciones del pueblo, que se sentía predispuesto en su favor cuanto más avanzaba hacia el castillo.

Cerca de la fortaleza feudal pudo por fin apreciar aquellas lamentaciones.

Ante un pilar de piedra, y enrollado a él fuertemente, se hallaba un joven labrador, espuesto infamemente a la espectación pública.

¿Qué había hecho aquel hombre para merecer semejante castigo? Nadie lo sabía. Pero cuando el conde, o en su ausencia el señor merino mayor, lo había dispuesto así, preciso era que aquel villano hiciera algún desacato funestísimo para que le impusieran aquel castigo señorial que tan afrentoso era en aquellos tiempos.

«La infamia de esta pena, dice la crónica, era tan grande, que ningún vecino se acercaba al conde, ni ninguna mujer le entregaba su mano, porque la excomunión era de por vida.»

Los males extremos tienen también sus grandes simpatías, y tal vez por esto, y porque aquel hombre era víctima de una disposición tiránica del merino mayor, a quien el paje Hernan odiaba a muerte desde el día antes, se detuvo a pocos pasos del rollo.

Desde aquel sitio pudo observar la fisonomía agraciada y lastimosa a la vez del paciente. Observó más, y vio que a sus ojos se asomaban dos lágrimas como dos perlas, que no corrían nunca, que parecían petrificadas allí, en aquel semblante, como las que un artista piadoso coloca en el busto de un Nazareno.

Este cuadro terrible distrajo al pajecillo de su odio, de su odio implacable a la condesa y al merino, alimentado en el silencio de una noche de in-

somnio: pudiera decirse que aquel cuadro había conquistado su alma, hundida en los profundos infiernos del odio, para revivir en el cielo del amor y de la ternura.

Cerca del condenado había algunos soldados del castillo armados con ballestas y chuzos.

Un hermoso alano que corrió a situarse a los pies de Alonso de Paredes, era su único compañero; pero al verlo los soldados le azuzaron con el chuzo, y el animal salió de allí ladrando.

—¿Por qué no lo dejais? gritó entonces furiosamente el paje a los soldados.

Y se adelantó hasta cerca de Alonso de Paredes, entrando en el círculo despejado que dejaba el pueblo, al arremolinarse en torno del rollo.

Los soldados llamaron al perro, y el perro fué a recostarse a los pies de su amo.

Entonces, las dos lágrimas fijas en los ojos de Alonso de Paredes, resbalaron por sus mejillas, mirando al paje con agradecimiento.

El paje sintió una sensación dulcísima de simpatía hacia aquel labrador, y apartó los ojos de él como deslumbrado, o como si se condoliera en extremo de su suerte.

Instantes después, una mujer joven y bellísima, Ailiena, la prometida de Alonso de Paredes, llegó precipitadamente a la plaza, y al ver a su amante de aquella suerte, corrió a sentarse a sus pies como se había sentado el perro.

Los soldados quisieron apartar a aquella joven, pero su beldad y su llanto les impuso.

Al poco tiempo, el padre de Ailiena, maese Juan Alonso Baselo, se presentó también en la plaza, y al ver en el rollo a Alonso de Paredes, corrió también a sentarse a sus pies, al otro lado de su hija.

El perro se colocó entonces a la espalda del condenado.

Nada más triste y más expresivo a la vez que aquel cuadro. Alonso de Paredes, joven y vigoroso, de pie atado al rollo; su amante, Ailiena, sentada a sus pies; al otro lado su padre, con sus cabellos blancos, y detrás el alano.

Aquel cuadro daba una idea viviente del cuadro de la pasión: aquel cuadro sublevaba los ánimos.

Así fué que a los pocos momentos el pueblo pasó de las lamentaciones a las imprecaciones,—y mucho más cuando vieron venir hacia la plaza las hermandades del barrio de San Pedro y San Estéban, hermandades de mozos robustos, y capitaneadas por Froilan Ouberal y Gian Darmil, que se arrojaron con piedras y palos contra los soldados del merino mayor, haciéndolos huir hasta encerrarlos en el castillo.

El pueblo entonces rompió la argolla del rollo,

y cogiendo en triunfo á los novios los paseó por las calles.

Por una coincidencia providencial, mientras esto pasaba en Allariz, los hermandicos de Galicia, ó los hermandinos como los designan otras crónicas del país, llamaban á las puertas de la villa con sus espichas devastadoras.

Habia sonado la hora de la emancipacion de los estados que riega el Arnoya, librándolos de la tiranía horrible y desastrosa que les imponia la dictadura feudal de los condes de Allariz.

En las ondas del aire de aquellas montañas resonaba por primera vez un grito santo y regenerador que abatía las mitras de la teocracia soberbia, y las coronas de la aristocracia soberana.

*¡Deus fratesque Gallaicæ!*

BENITO VICETTO.

(Se continuará).

DOS ALMAS.

Necesitan las aves  
el ancho espacio para alzar su vuelo,  
y modular suaves  
trinos de amor entre el azul del cielo.

Necesitan las flores  
fresco rocío y caprichosos pinos,  
que al éter ballidores,  
lleven su aroma en débiles suspiros.

El corazón precisa  
de otro sér la ternura abrasadora,  
que goce en su sonrisa,  
que le ofrezca sus lágrimas si él llora.

Y mi alma, buscando cariñosa  
otra que sus afectos comprendiera,  
halló la tuya, que la sigue ansiosa  
de la vida en su áspera carrera.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

Madrid, 1875.

GUDA Y YO.

VIAJE AL PLANETA SATURNO.

(Continuación.)

VIII.

Saturno como astro.

Acercábase por fin el término de nuestro viaje. no se veía ya el cometa que tanto nos habia sobrecogido; la Tierra aparecia como un punto de livida luz, no siendo ya perceptible su satélite, y Saturno corría á nosotros con una velocidad asombrosa; pues el genio habia procurado cortar su ór-

bita por un punto hácia el cual caminaba el planeta, consiguiendo de este modo acortar la distancia. No nos cansábamos de contemplar aquel acariciado astro, cuyos destellos, aunque pálidos, dominaban el color violaceo del vacío, variedad que alegró nuestro espíritu reanimado además al dulce soplo de la esperanza que nos traía aquel próximo astro.

—Mirad, dijo Guda señalando á Saturno en un momento en que se ofrecía ya como un inmenso globo de macilenta luz, rodeado de un grandioso anillo. ¿Qué causa motiva esas bandas oscuras de que se ciñe el planeta?

—Su heterogenea constitucion física, respondí al punto; porque los cuerpos no poseen en igual grado el poder reflejante, y se concibe bien que haya vastas regiones, tal vez enormes llanuras minerales, sobre las cuales reverbere con más ó ménos fuerza la luz del sol.

—No hay duda que Saturno es un hermosísimo planeta; falta ver ahora qué recepcion nos preparau sus habitantes.

—Caso que los tenga.

—Os resistis á creerlo?

—No afirmo ni niego, puesto que la pluralidad de mundos, admitida por algunos, no está todavia demostrada.

—Sin embargo, la induccion parece probarla.

—Una conjetura más ó ménos fundada.

—Yo casi tengo de ello la certeza.

—Me place oiros hablar así y hallaros tan animada.

—He hecho más de una vez la observacion de que con dificultad se halla allá en la Tierra un páramo tan estéril que no tenga sus producciones orgánicas é inorgánicas, y por tanto no creo muy razonable conceder este solo privilegio á nuestro planeta, que, por otra parte, no presenta grandes títulos á esta preferencia.

—Considerada la cuestion bajo tal punto de vista, estoy conforme.

—Pues me parece que es el único bajo el cual debe considerarse.

—Cuidado con lo que decís, amada Guda.

La jóven miró recelosamente al genio.

—No es eso, la dije adivinando su pensamiento.

—Pues no os entiendo, querido.

—La ciencia no se opone á vuestra opinion, pero sin saberlo estais atacando una autoridad respetable.

—¿Cuál?

—Si habreis olvidado que el hombre ha sido creado en la Tierra y que desde allí ha sido imposible que llegase hasta aquí?

—Y no estamos llegando nosotros?

—Somos los primeros.

—Muy impremeditada me parece vuestra respuesta.

—A, menos no hay noticia.

—Tened presente que hay más planetas que la Tierra y que si nadie desde su superficie se lanzó á estos espacios ántes que nosotros, pudo haberse hecho la expedición desde alguno otro.

—Volvemos á lo mismo y extraño que incurrais en un círculo vicioso.

—Además, yo no hablo precisamente del hombre formado de limo, sino de otros más ó menos semejantes y aún de otros seres, y se me figura que esto no implica ataque alguno á personas ni cosas. Para mí es tan claro como la luz, que estos cuerpos celestes no debieron ser colocados aquí con un objeto tan frívolo y tan vano como el de poner un ramo de flores en un gabinete, ó un anillo en mi dedo.

—En ese punto estamos de acuerdo.

—Y os aseguro que me prometo hallar en Saturno criaturas de una amabilidad encantadora.

—Pluguiera al Cielo.

—Dudais?

—Que sé yo: eso ha de depender mucho del grado de civilización que hayan alcanzado.

—Y del carácter, porque la educación y la ilustración no lo hacen todo.

—*Cela va sans dire*, como el pulimento no convierte el carbon en diamante.

—Una cosa me inquieta, sin embargo.

—¡Hola!

—Adivináis?

—No por cierto.

—Que no traemos pasaporte.

—Se exigirán en Saturno?

—Probablemente.

—O quizás se hayan convencido ya sus habitantes de que son inútiles y vejatorios.

—¡Inútiles! ¡Si habréis perdido el juicio, Armandó!

—Si no precisamente inútiles, poco provechosos al menos, puesto que los malvados encuentran siempre medios de eludir la acción de la justicia y de la administración, sucediendo con frecuencia que la piedra arrojada al lobo va á herir al cordero.

—Es preciso estar prevenidos para todo ¿qué diremos si nos piden el pasaporte?

—Que pasó la moda y que entre países ó planetas hermanos hasta al presente una cédula.

—Es que yo ni cédula tengo.

—No importa; con tal que lleveis una peseta ó dos...

—Por fuerza os estais burlando.

—Al contrario; hablo con toda formalidad.

—En tal caso me dispensaréis el obsequio de tomar por aquí una cédula á mi nombre.

—Cuando lleguemos.

—¡Ah! se toman *a posteriori*?

—Es lo mismo: la cuestión está en pagar.

—Y si la moneda no pasa.

—Recurriré al cónsul.

—Suponiendo que le hay.

—¡Pardiez! si no hay cónsul iré hasta el embajador.

—Si España está allí representada, lo cual es muy problemático, á menos que lo estén todas las naciones del mundo.

—Eso parece significar que nuestros diplomáticos no son muy afortunados ¿no es verdad?

—O que no son muy hábiles, y en esto no harán más que imitar á nuestros astrónomos, que, si no me equivoco, no han conseguido todavía elevar su nombre á estas regiones celestes.

GENARO SUAREZ Y GARCIA.

(Se continuará).

## EL COLOR DE TUS OJOS.

Á J. S.

I.

Tus dulces ojos, bien mio,  
los recuerdo como estrellas  
brillando al amanecer;  
se agrandan en el vacío,  
y en ellos amor destellas  
iluminando mi ser.

II.

Quiero evitar tu mirada,  
y hasta en la arboleda umbria  
brilla en la sombra ante mí;  
y es que el alma enamorada  
la vislumbra noche y dia  
siempre delante de sí.

III.

Ausente, veo tus ojos;  
durmiendo, sueño con ellos,  
y aun muerto viéralos yo;  
pues pise flores ó abrojos,  
para siempre sus destellos  
Dios en mi frente clavó.

IV.

Sólo si estoy á tu lado,  
no los veo;—más los siento  
dentro de mi propio ser;  
y á su fulgor imantado  
un mágico sentimiento  
me electriza de placer.

V.

Entonces—me es imposible  
definir con fé y con calma

de tús ojos el color;  
pues su luz irresistible  
lánguida arrebató el alma  
en un vértice de amor!

B. VICETTO.

Madrid,—1862.

## CUADROS DE LA HISTORIA DE GALICIA.

### COLONIAS GRIEGAS EN GALICIA:

su historia y su influjo bajo los aspectos  
económico y social.

#### PRIMERA PARTE.

### COLONIAS GRIEGAS EN GALICIA.

#### I.

#### Autoridades que lo afirman.

¿Qué autores antiguos colocan semejantes colonias en nuestro país?

Justino (lib. 44, cap. 3), al redactar el compendio de la *Historia universal* de Trogo Pompeyo, nos dice que todos los gallegos se tenían por descendientes de los griegos: *Galliæ autem græcam sibi originem asserunt*;—y que una parte de Galicia la ocupaban los griegos llamados amphilocos: *Gallætia autem portio amphilochoi dicuntur*.—Pero en todo esto conviene no confundir los aborígenes céltigos con los griegos colonizadores, ó lo que es lo mismo, los ascendientes directos con los ascendientes indirectos. Dados los aborígenes célticos y las colonias griegas, claro está que en parte los gallegos descendemos de los griegos, por la miscivilidad ó fusión de razas, como luego evidenciaremos históricamente.

Tolomeo y Cayo Plinio, decantan también la colonización griega en Galicia. El primero nos habla de los *gruios* ó *gravios* (griegos de la *Gravisca*, Etruria, como demostraremos); y designa á Tuy por capital de esta raza pelásgica y helénica, que en Galicia tomó el nombre de *gravios* y que pertenece á las primeras colonias que se asentaron en ella, antes de la guerra de Troya. El segundo historia que todos estos *gravios* de Tuy y del litoral oeste de Galicia, traían su origen de los griegos: *græcorum soboles omnia*,—frase diamantina, que brilla en la noche de los siglos como la luna en el negro pabellón del cielo.

Cayo Silio Itálico, historia lo mismo de los *gravios*, y nos dice que la casa de Diómedes fué la que se estableció en esta region, y dió el ser á Tuy,—que de tal fundación le vino este nombre: *Et quos nunc Gravius violato nomine Graium. Oenacæ miseræ domus, Aetolæque Tyde*.—Y es que, Diómedes, hijo de Tydeo y rey de Etolia, viéndose obligado á navegar errante por el odio de Venus, á la cual y á Marte había herido en la guerra de Troya (Homero. Iliada. 5.), *aportó á Galicia*, y estableció con sus compañeros y domésticos esta colonia, dándole el nombre de su padre,—según refieren Dionisio Periegetes y Rufo Festo Aviéno (*Descriptio orbis*. Ver. 647).—Y en todo esto ¿quién no vé así mismo la colonización griega en Galicia, condensada en el fondo que entraña esta fábula histórica? Tras la forma poética que reviste ¿quién no *penetra* el suceso, envuelto ostensiblemente en el ropaje mitológico de

aquellas épocas oscurísimas para la historia?—A *Tydeo patre Diomedis*, la vuelve á mencionar Silio Itálico más adelante (lib. 16, ver. 368), *Ypsum Aetola, vago Diomedæ condita, Tyde miserat: exceptum Trojana ab origine equorum*.

Estrabon (lib. 3), basándose en lo que dejó escrito Asclepiades de Mirlea, dice que á Helenes (Pontevedra) la fundó Teucro: *Hellenes civitas apud calaicos antem consedisse quos iam, qui Teucrum in bellum fuerant secuti ibique fuisse urbs, quarum una Hellenes dicitur, id est Græci*, etc.—Y el texto de Justino, en el epitome de las obras de Trogo Pompeyo, (lib. ult. cap. ult.) concuerda enteramente con el de Estrabon.

San Isidoro en sus etimologías (lib. 9, cap. 2), dice que los gallegos se tenían por descendientes de los griegos, y que Teucro había poblado este país: *Galliæ græcam sibi originem asserunt: unde et naturali ingenio callent: post finem trojani belli ferunt Teucrum in Gallætiæ profectum, ibique edes possuisse*.

Y San Jerónimo (*in epist. ad Gallat.*) dice, aludiendo á nuestros *gravios* (griegos de la *Gravisca*): *Cum constet orientis et Græciæ examina ad occidentis última pervenisse*.

A pesar de estos testimonios de los autores antiguos, que prueban la colonización griega del país,—varios escritores modernos la niegan (1), sin aducir un sólo argumento que pulverice los textos de Justino, Trogo Pompeyo, Asclepiades Mirleano, Dionisio Periegetes, Rufo Festo Aviéno, Tolomeo, Plinio, Estrabon, Silio Itálico, San Isidoro, San Jerónimo, etc.;—textos que si no satisfacen á los incrédulos, ¿qué satisfacen entonces en historia? Lo que vemos en todos los anales de los pueblos del mundo, es que en su mayoría fundan su ascendencia ó colonizaciones primitivas en datos muchísimo ménos autorizados que los gallegos para probar éstos que los griegos colonizaron su país. Enrique Florez (*Esp. Sag.*, t. 15), no ha sido tan negador como esos escritores modernos á que nos referimos; y respecto á los *gravios*, oriundos de *Gravisca* en Grecia, que dieron nombre al promontorio y pueblo de Grove en nuestra costa del oeste, dice: «El origen de esta voz *gravios* se roza con la descendencia de los griegos llamados *Graios*, que comúnmente se tienen por *pobladores de Galicia*, á lo ménos en las costas occidentales de ambas bandas del Miño: especie tan *introducida por los griegos y tan seguida de latinos, unos y otros antiguos, QUE DIFICULTOSAMENTE PODRÁN MOSTRAR OTRA COSA LOS MODERNOS.*»

#### II.

#### Homónimos de pueblos y personajes griegos por sus colonias en Galicia.

Los que niegan la colonización griega en Galicia, áun pudieran hacernos dudar algo con sus deducciones violentas, si al texto de esos escritores antiguos que la atestiguan, no respondieran los monumentos altamente gráficos del país, como su idioma, fundación de pueblos, costumbres, etc.

Respecto al idioma, si no bastan las huellas que nos dejaron los griegos colonizadores en nuestro

(1) Masden, en su *España griega*, es uno de ellos, con objeto de engrandecer su region (Cataluña); callando cuanto dicen Asclepiades y otros autores que *terminantemente* ponen colonias griegas en Galicia. No lo extrañamos tanto de Masden como de nuestro analista Huerta:—bien que Huerta no era gallego tampoco.

Pindo y Ézaro, monte y río tan celebrados por Jovellanos, como testimonio de la dominación en el país; si en cada vocablo del gallego no encontramos filológicamente radicales helénicas, como

Frige de Frigia y *queirogas* y *queiro*, por ejemplo, radicales de *queiropteros*, etc.,—ahí están los homónimos y voces de origen griego que recogemos de varios autores:

DE GRECIA.

DE GALICIA.

Agra ó Agrae, donde nace el río Ilisso. . . . .	Agra, San Miguel, villa.
Amphilochia. . . . .	} de Arcanania. . . . . Anfiloquia, Orense.
Amphilohium . . . . .	
Anceus, rey de la isla de Sámos. . . . .	Anceis, San Juan de, lugar.
Andeira, colonia eolia. . . . .	Andeiro, parroquia.
Andros, colonia jónica. . . . .	Andrade, idem. Landro ó Landrove, río de Vivero. Andras, parroquia del Grove.
Arca, villa de Capadocia. . . . .	Arca, San Miguel de, feligresía. Santa Eulalia de, idem. Arcas, aldea.
Argalo ó Hargalo, rey de Esparta. . . . .	Argalo, Santa María de, feligresía.
Bea, monte de la isla de Cefalonia. . . . .	Vea, jurisdicción. San Andrés de, feligresía. San Jorge de, idem. San Julian de, idem. Santa Cristina de, idem.
Berea, Beroe, Berrhea: villa de Tracia, en la Macedonia y en la Mesia. . . . .	Berreio, San Mamed de, feligresía. Berredo, lugar. San Miguel de, feligresía. Santa María de, idem. Santa Baya de, idem.
Berticus, Bertiscus, montañas de Macedonia. . . . .	Berres, San Vicente de, idem. Bertoa, Santa María de, lugar. Bertos, idem.
Cabiros, dioses; Cabiro, montaña de la Frigia. . . . .	Caabeiro, colegiata célebre, cerca de Puenteume. Caabeiras, parroquia junto al Miño. Caamanios ó Caamaños, familia de Galicia.
Cammania, parte de la Tesprocia. . . . .	Cardamil, lugar.
Cardamila, villa de Messenia y de la Argolide. . . . .	Gardamil, idem.
Cea, Ceos, Co, Cos, Coos, islas del mar Egeo. . . . .	Cea, aldea de Villanueva de Arosa. Villa junto á Orense. San Pedro de, feligresía. Ceau, aldea. Ceares, San Andrés, feligresía, Cée, Santa María, villa del, oeste. Cos, San Estéban de, feligresía.
Cora, villa del Lacio, fundada por los dardanos, antes que Roma. . . . .	Cora, San Miguel de, feligresía.
Cures, villa capital de los sabinos. . . . .	Cures, San Andrés de, idem.
Curetis, nombre de la isla de Creta. . . . .	Curantes, San Miguel de, idem.
Ezaro, río de Grecia. . . . .	Ezaro, río junto á Finisterre.
Dardano. . . . .	Dardaño, parroquia.
Frigia. . . . .	Frige, Santa Leocadia de, parroquia del oeste.
Gamellion. . . . .	Gamallo, parroquia.
Grayo, hijo de Arquefao. . . . .	Graios, gravios ó grovios, los de Grove.
Gravisca, villa de Etruria en la embocadura de un arroyo. . . . .	Grava Santa María de, feligresía. Grova de abajo) aldeas, una en Soandres y de arriba) otra en Puenteume. Grove, San Martin del, feligresía. San Vicente del, idem.
Hellenes. . . . .	Y los pueblos <i>gravios</i> de Plinio, Silio, etc., en nuestra costa del oeste.
Ilisso, río de Grecia. . . . .	Pontevedra (Pons Vetus).
Leros, una de las Esporaidas. . . . .	Isso, río junto á Mellid, (El Isso, Ilisso). Lerez, río de Pontevedra. Leroño, Santa María de, Lero, lugar cerca del Ferrol. Lerez, San Salvador de, feligresía. Lero, apellido de familia.
Lemnos, en la Tracia. . . . .	Lemos, territorio de Monforte de

## DE GRECIA.

## DE GALICIA.

Limenia, villa de la isla de Chipre. . . . .	Limia, Ginzo de, jurisdicion y rio. Limiñon, aldea. San Salvador de, feligresia.
Lira, villa de Bitinia. . . . .	Limodre, Santa Eulalia de, idem; Lira, San Simon de, feligresia. Santa María de, idem.
Lobios, sepulcros. . . . .	Lires, San Estéban de, idem.
Macaropa, villa de Arcadia. . . . .	Lobios, parroquia.
Macaria, villa de Chipre. . . . .	Macara, aldea en la Ulloa.
Mariola, nombre griego de muger. . . . .	Mariola, juego infantil andando sobre un solo pié.
Melia, villa de Phihistide. . . . .	Marola, peñasco junto á la Coruña. Melias, jurisdicion. San Miguel de, feligresia. Santa María de, idem.
Megalopolis. . . . .	Melio, aldea.
Metaurus, rio de la Umbria y del Brucio. . . . .	Megalofes, junto al Ferrol.
Mesia, en la Tracia. . . . .	Metarus, rio de los galaicos (el Mera). Mesia, jurisdicion. San Cristóbal de, feligresia.
Naron, Naron, villa y rio de Iliria. . . . .	Naron, ventas de San Julian de, feligresia. Santa María de, idem.
Neda, rio del Peloponeso. . . . .	Neda, rio del Ferrol (El Neda ó Belette). San Nicolás de, villa. Santa María de, feligresia.
Neira, ciudad cerca del estrecho de Corinto. . . . .	Nerio, promontorio de Finisterre. Nerio, lugar cerca de Santiago. Neira de Jusá, } Parroquias de la provin- Neira de Rey. } cia de Lugo. Neira de Gondel. }
Oleros, Olearos, ú Oliaros, una de las Cícladas. . . . .	Oleiros, San Mamed de, feligresia. San Martin de, idem. San Miguel de, idem. Santa María de, idem.
Paleo—Chori, Esparta. . . . .	Paleo, S. Esteban, parroquia junto á la Coruña.
Phea ó Peia, Villa de Elide. . . . .	Fea, Santa María de, feligresia. Feás, San Miguel de idem. San Pedro de, idem. en la Ulloa, aldea. en Deza, idem. en Castro de Rey de Lémos, idem.
Pindo, cadena de montañas en Epiro y Tesalia, y villa de la Doride. . . . .	Feal, idem.
Samos, Samotracia. . . . .	Pindo, monte de Carnota, junto á Finisterre; puerto en la ria de Corcubion.
Teos, ciudad de la Jonia. . . . .	Samos, jurid. y par. de la provincia de Lugo. Teo, ayunt.º entre Santiago é Iria (Padron).
Tibarienses, pueblo del Ponto occidental. . . . .	Tibianes, aldea. San Bernardo de, feligresia.
Troás, Alejandria, Sigi, villa de la Troade. . . . .	Troás, aldea. Troanes, Santa María de, feligresia.
Tydeo, padre de Diómedes. . . . .	Tuy ( <i>Tude ad fines</i> ).
Teplés, villa de Tracia. . . . .	Vimiancos, aldea.
Tylos, isla del golfo pérsico. . . . .	Vimianzo, jurisdicion. San Vicente de, feligresia. Santa Maria de, idem.
Viminiacum, villa de la Dacia occidental. . . . .	

No proseguimos. Enumerar solo los nombres antiguos griegos que fueron origen de los que hoy poseen los pueblos de Galicia, especialmente en su litoral, seria trabajo interminable y pesadísimo:—nos dá *fastidium nominentur*, segun la célebre frase de Plinio.

(Se continuará.)

BENITO VICETTO.

## EL COLOR DE SUS OJOS...

BALADA.

Peregrino que vas á Compostela,  
al ángel de mi amor tienes allí:  
el color de sus ojos me desvela...  
qué color es aquel, dímelo á mi.

Los ojos más divinos, son los ojos  
de la mujer que amamos con anhelo:  
cuando me mira amante, sin enojos,  
no es mujer, es un ángel en el suelo.

Si los abre, es el brillo de la aurora  
que alumbra todo hasta la selva umbría:  
si los cierra, la noche aterradora  
plega sus alas sobre el alma mía.

¡Tienen tal expresion, tal sentimiento  
que no ve su color mi idealismo!  
Los miro, y no los veo, pues *los siento*  
aquí, en mi seno, y en mis ojos mismo.

Por eso tú, á su encanto indiferente,  
podrás mirarla bien en tu camino;  
¡vé el color de los rayos de su frente  
y dímelo á tu vuelta, peregrino!

Si el color es azul, calma mi anhelo,  
dímelo pronto con ardiente afán:  
pues los ojos azules... son del cielo;  
del cielo vienen, para el cielo van.

Si el color no es azul, cuando te hieran,  
nada le digas nunca al alma mía;  
pues ojos que las sombras reverberan  
también el alma la tendrán sombría.

¡Sigue ya á Compostela, peregrino;  
te dé consuelo tu querido Santo;  
mientras yo batallando en mi camino,  
alondra herida, mis dolores canto!

BENITO VICETTO.

Ferrol, 1865.

## RECUERDOS DE UN VIAJE POR GALICIA.

## LA CRUZ DE PADORNELO.

II.

LAS PORTILLAS.

(Continuacion.)

Un viaje por Galicia en invierno es más penoso  
que un viaje á las Marianas, no obstante á hallar-  
nos á mediados del siglo XIX, el siglo de los *rails*.

Si Galicia tuviera carreteras, habria coches, y  
una vez en coche ya podia llover cuanto quisiera,  
que no seria esto contratiempo alguno.

En esa falta de carreteras, creo ver siempre el  
atraso de nuestro movimiento agrícola, de nuestro  
movimiento industrial, de nuestro movimiento com-  
ercial, y de nuestro movimiento social.

Sin la recíproca y activa comunicacion de nues-  
t. n.

tras parroquias, la produccion y adelantos agríco-  
las se estacionan sin difundirse ni mejorarse nunca;  
la industria, vejela en la rutina; el comercio, impo-  
sibilitado de recibir el desarrollo á que está llamado  
y la cultura social tan miserable que hay más distan-  
cia, moralmente hablando, desde Mondoñedo al  
Ferrol, ó desde Mellid á la Coruña, que desde la  
Coruña á Cádiz ó á Barcelona.

Por el mal estado de los caminos vecinales nues-  
tras ciudades tienen todas distinta cultura... Hay  
hijo de un pueblo de Galicia, que si va á la Habada,  
ésta es la primera ciudad que ve despues de la  
ciudad natal, y si va á Madrid, lo mismo. No ha-  
biendo esas vias de comunicacion que hemos pedi-  
do tantas y tantas veces para el desarrollo de nues-  
tros intereses materiales, los intereses morales de  
los pueblos tienen que estacionarse relativa y for-  
zosamente.

Pero volvamos á nuestras Portillas.

Al llegar á la de la Canda, el terreno era suma-  
mente fragoso, lo que hacia presumir que habria  
abundancia de corzos, perdices, gamos, liebres y  
conejos. Los aficionados á la caza podrian ser unos  
Nemrod en aquellas asperezas.

Allí, en la primera Portilla, no vi nada que jus-  
tificara este nombre. Yo esperaba encontrar algo  
parecido á un portillo, que seyo las dominaciones  
de las cosas influyen tanto en nuestra imaginacion  
por su analogia!

Yo sabia que las portillas eran la division de  
los reinos de Galicia y de Castilla. Pero ¿qué eran  
estas Portillas? Eran acaso portillos? Yo buscaba  
las Portillas como el gañan que buscaba la puerta  
del Sol en la plaza de correos de Madrid, ó la su-  
blime puerta en Turquía.

Sin embargo, algo vi de esto. En la de la Canda,  
noté que al llegar el camino á la penumbra del ter-  
reno, habia en él una roturacion ó tajo, pero sin co-  
ronamiento alguno de porton.

Descendimos, pues, por la sierra del Pereyro, y  
llegamos á Lubian, última parroquia de Galicia, tan  
oculta entre elevados castaños y nogales que ape-  
nas se ven las casas á no ser por algun claro del  
follage.

De Lubian subimos á la Portilla de Padornelo,  
igual á la de la Canda y pernoctamos en esta par-  
roquia más bien de Galicia que de Castilla la Vieja.

III.

LA CRUZ DE PADORNELO.

Al siguiente dia salimos de aquella feligresia con  
una mañana muy buena, rica de luz y de suavidad.

Al poco tiempo distinguimos en el alto de una  
planicie una gran cruz de piedra, groseramente la-  
brada.

—Y esta cruz en este desierto? le pregunté á mi guía, indicándosela respetuosamente.

—Esa es la cruz, señor.

—Pero, ¿qué cruz?

—La cruz de Padornelo.

—Pero con que advocacion está levantada?

—La levantaron los gallegos en memoria de su pátria.

—Como de su pátria?

—Si, señor; cuando vienen de segar de Castilla, al llegar á este punto se distinguen las montañas de Galicia, y como es el único sitio desde donde vuelven á ver á su pais desde que salieron de él, por eso en agradecimiento al Señor han colocado esta cruz para darle gracias porque regresan buenos á sus hogares.

—Hé aquí un sentimiento patriótico muy religiosamente espresado!—exclamé yo.

—Oh! si los viérais cuando vuelven de la siega! —prosiguió el guía.

—Y qué hacen?

—Vienen en vandadas de veinte, treinta y cincuenta, y desde que pasan por los Tornos y subiendo la montaña ven la Cruz, hasta que llegan á ella van dando gritos y alaridos de una alegría frenética; disputándose el honor del primer abrazo á la santa piedra, con la vista fija en sus montañas queridas. Despues, dejan los *hatos* junto á la Cruz, el que toca la gaita ó la flauta se sienta al pié de ella, y entónces los gallegos se cogen de las manos, forman rueda, y al compás de la *alborada* rezan y cantan á la vez, confundiendo en su alborozo *el amor á Dios y el amor á Galicia*, que identifican en una sóla armonia de sus almas, en un sólo sentimiento de su espíritu. Cuando concluyen su canto y surezo, se sientan y comen satisfactoriamente; y en seguida entran en Galicia por la portilla de Padornelo, y pisan las pendientes del pais natal con tanto regocijo, que no hay uno que no se crea el hombre más feliz del mundo.

Calló el guía, y yo me quedé enternecido mirando aquella cruz tan gráfica, tan religiosamente patriótica,—labrada más bien por el abrazo nostálgico de más de cincuenta millones de hermanos míos, que por el rudo pico del *arguiña* del siglo XV (1).

Pasada esta primera impresion, me quitó el sombrero, me apeé del caballo y me acerqué á la Cruz con un respeto más eminentemente cristiano que el que sentí bajo las magestuosas bóvedas de las catedrales de Sevilla y de Toledo.

Allí, me arrodillé devotamente...

Allí, pensé tambien en Dios y en Galicia...

Y allí, triste y oscuro periodista, mis lábios pegados á la fria piedra de aquella Cruz, exalaron un

grito de redencion, que, más tarde, al consignarlo en un editorial, se perdió en la soledad de los corazones secos, como aquel grito en la soledad de las montañas.

A la moneda *nacional galaica*, le borrarán los ingratos el rostro, y ya no circulaba porque no se la conocia! (1)

BENITO VIGETTO.

1856.

### AL CASTILLO DE ANDRADE.

¿Por qué la brisa con murmullo vago es el sólo rumor que aqui se siente?  
¿por qué crece la yedra y jaramágo, cubriendo toda tu vetusta frente?

¿Por qué, dime, no asoma cual un dia inmóvil, fiero en el ponton erguido, el rostro torvo del feroz vigia de limpio acero en derredor vestido?

¿Por qué no eleva acicalado page el altivo pendon de tus varones, en la torre feudal del homenaje mostrando de su escudo los blasones?

¿Por qué no lanza trás la obscura reja triste, oprimida, lánguida hermosura, con blanco acento la amorosa queja fugaz respiro de inmortal ternura?

¿Por qué nobles corceles voladores no salen por tus puertas con trofeos, orgullosos llevando á sus señores á las lides sangrientas y torneos?

¿Y esos mismos señores qué se hicieron..?  
¿Qué fué de su altiveza soberana?..  
Polvo y no más sus restos se volvieron; destino humilde; condicion humana!

Ya no llenan los valles y collados las notas de veloz trompeteria, ni los ecos repiten lastimados los gritos de festiva caceria.

Ni los nobles y altivos caballeros no forman escuadron en ruda pompa, sobre fuertes bridones altaneros al ronco son de la guerrera trompa.

Ni la callada noche misteriosa envuelve con su manto los amores, ni el acento que el aura quejumbrosa arrebatá á furtivos trovadores.

Hoy sólo se percibe el triste acento del cárabo que llora en las serenas noches de abril, el murmurar del viento que silva al penetrar por sus almenas;

(1) Albañil rural.

(1) Posteriormente, tuvo lugar la revolucion del 68,—y hemos visto "figurar" llevando la bandera de Galicia imbéciles "asturianos" como los diputados por la Coruña Perez y Costales, y Salinas.

Y en el otoño el funeral suspiro del triste invierno que su faz sañuda, asoma arrebatando en rauda giro de los campos la rica vestidura.

En la noche del tiempo se perdieron tu nombre y esplendor, tu antigua gloria, y con ella también quizá murieron tus tradiciones de apartada historia.

Hoy yaces, pobre torre, abandonada sin un sólo giron de tu grandeza, con ortigas y cardos rodeada de este monte perdida en la espereza.

Caduco torreón; sombra doliente de lo que fuiste un día muy lejano, viste abatida tu soberbia frente del tiempo rudo ante la fuerte mano!

Adios, adios que ya no está muy lejos el día en que tus piedras desgastadas, por siempre caigan de esos muros viejos por esa misma mano arrebatadas!

Duerme entre tanto; duerme, pobre torre del monte entre las brumas escondida, duérmete al son del viento que recorre tu negra plataforma derruida!

ANTONIO DE SAN MARTIN.

Coruña—1860.

## LAS AUREANAS DEL SIL.

MEMORIAS DEL VIZCONDE DE FONTEY.

XVIII.

Sobre la tumba de Sira.

(Continuacion).

Jorge avanzó otro paso, disparó... y ni siquiera sentí el zumbido de la bala. Era mío; de seguro era mío, pues le desconcertara mi primer tiro. Sus cabellos aparecían derechos, enteramente erizados sobre su frente;—sus ojos desmesuradamente vidriosos, estraviados;—la boca entreabierta y las facciones descompuestas por el pánico.

Disparé segunda vez, seguro de atravesarle el pecho;—y mi asombro fué grande al ver que ni siquiera rozara su cuerpo. Entonces me tocó á mi vacilar también, desconfiando de mi mismo, de Dios y de todo, al ver que no hiciera blanco cuando más confiara hacerlo.

Jorge avanzó otro paso, disparó... y yo caí envuelto en sangre. Me atravesará el pecho...

Acercóse en seguida á mi,—y cuando creí que me iba á descerrar otro tiro en la frente conforme á las condiciones de aquel duelo á muerte, me miró con atención, me dió con el pié despreciativamente murmurando: *basta!*—y me volvió la espalda saliendo del cementerio con su padrino.

Yo no había perdido el sentido, si bien perdía la sangre y la vida por momentos;—y me hizo tanto daño aquel perdon insolente de Jorge, que volviéndome hácia el doctor que se apresuraba á

restañar la sangre de mi herida, murmuré con voz apagada:

—Dios...! Dios! es imposible que haya Dios!

—Para los que en la Tierra, quieren anticiparse á él, pretendiendo castigar á los malvados,—dijo el doctor—Dios no existe en efecto, señor vizconde ¡Si él los ha de castigar en la vida eterna ¿á qué meterse uno á castigarlos en esta? El Creador nada creó imperfecto, sólo que el desenlace ó aprecio de su obra, no pertenece á este mundo... pertenece al despertar del sueño de esta vida y entrar en la *realidad* de la verdadera vida en el Tiempo y Espacio, que es Dios mismo.

Aquella profunda verdad del doctor, la sentí en los senos de mi alma, pero ya era tarde!

El sol asomó en aquel momento su disco centellante sobre la lejana sierra del Exe, y como nunca me deslumbró su luz: parecía cegarme completamente:

—Doctor—ya que muero, déjeme V. morir aquí..

El doctor no me hizo caso, golpeándose la frente y murmurando:

—Si pudiera extraer la bala!

En seguida sacó un silvato de plata, hizo una señal, y comparecieron dos ó otros criados de palacio, que él tenía prevenidos sin darme cuenta de ello.

Rasgó el doctor mi levita por la espalda, desnudándome de medio cuerpo para arriba, y reconoció la herida. La bala no saliera como él preveía: la tenía entre la costilla derecha.

—Aquí es imposible permanecer un momento, más—dijo á los criados—formad unas angarillas para trasportar al señor vizconde á una casa cercana.

Formaron las angarillas, y con mucho cuidado me trasportaron fuera del cementerio.

—Doctor... á la casa de Clara... lléveme V. allí —le supliqué.

—Es la más cercana... y allí irá V, señor vizconde;—me contestó—pues á palacio es imposible... Valor, y no desconfíe V. de Dios ¡Por él, y por V. mismo, se lo suplico!

Y asomaron las lágrimas á sus ojos.

No oí otra palabra más... mis ojos parecieron cerrarse para siempre... y perdí el conocimiento como si á la vez perdiera la vida.

XIX.

Un rayo de sol en el cómaro.

Trascurrieron quince días en que no estuve vivo ni muerto, y si en un estado patológico que desespeba al doctor, no obstante á haber obtenido éste un éxito feliz en la extracción de la bala. Cuando desperté por fin á la vida del alma, me creí trasportado al edem de los árabes con mi correspondiente hurf al lado, ó valiéndome de una imagen más propia de aquellas montañas, me creía *encantado* en una de esas cuevas mágicas del país, llenas de oro, y púrpura, y piedras preciosas, teniendo á mi lado la hada que me fascinara. Era sobre media noche,—y al abrir los ojos, me encontraba en una habitación decorada con un papel especial de jazmin y ópalo con un brillo á ondas singularísimo, donde la luz rosa de una lámpara que no veía, formaba trémulos y poéticos cambiantes.

Al ver girar mis ojos al impulso de la emoción que me embargaba, Clara, que estaba sentada al lado de mi lecho, exclamó:

—¡Bendito sea Dios, señor vizconde!!

Y me besó con de alegría una mano que tenía descubierta.

La voz de Clara, de un timbre argentino y melódico; su belleza verdaderamente de hada; y su actitud amante sobre mi almohada; todo aquel cuadro, en fin, á media luz, nada parecía tener para mí de real y positivo, sinó extremadamente fantástico. Lo oía y lo miraba todo como si no fuera más que una forma de mi entendimiento, esto es, un sueño, y nada más que un sueño; *pero un sueño en la tumba*, si podeis comprender la patopeya de que me valgo para expresar las emociones que entónces me conmovian.

Quise hablar y no pude. Quise inclinarme á la vez hácia Clara, y tampoco pude,—como si mi cuerpo se negara á obedecer á mi alma.

El doctor apareció en seguida.

—¿Qué tal, señor vizconde?—me preguntó radiante de alegría—¿siente V. dolor alguno?

Pude contestarle, por fin, con un movimiento negativo.

Luego volví á adormecerme, á quedar en un estado fisiológico en que ni vivía la vida de la tierra ni la de la inmensidad, sinó la vida de mi propio espíritu por decirlo así, completamente emancipado de toda esencia exterior.

Peró desde aquel momento, la reaccion se acentuó determinada y felizmente, segun despues me manifestó el doctor; tanto, que á los pocos dias pude sentarme en mi lecho, y pocos despues levantarme.

Entónces, en la convalecencia, me contó el doctor cuanto habia hecho, y como habia transformado la choza de la aureana, casi en una pequeña casa suiza; puesto que no habia podido llevarme hasta palacio por el estado fatal de mi herida. Me contó, también, el interés con que Clara me habia velado en la enfermedad; lo que ella habia rezado de rodillas junto á mi cama el dia que él pudo extraerme la bala; lo feliz que se hallaba con la criatura en su casa y conmigo, aunque en aquella situación desgraciada; y lo que pareció más consolarme, lo que más dulcificó mi profunda pena, lo que me hizo en fin revivir completamente fué la noticia que me dió, de que al otro dia del duelo, Jorje y Nieves habian desaparecido del territorio. Esta fuga de los dos amantes que ya tenian concertada ántes del duelo, dió nuevo aliento de vida á mis pulmones: segun se dice vulgarmente, esta nueva me volvió loco de alegría.

Como la casa de la aureana, aunque reformada, era poco espaciosa, para tomar el aire por las tardes, dispusiera el doctor que saliera hácia la parte trasera, y me sentara en el *cómara* ó paseára por aquella alfombra apoyado en Clara.

Llaman *cómara*s en el pais, y también *comareiros*, al resguardo, cinta, faja ó residuo de tierra que se deja á campo al rededor de una heredad labrada, para que sirva de tránsito y los muros que la cierran no ahoguen el fruto. El *cómara* de aquella casa de la aureana, era bastante ancho, y lo sombreaban algunos nogales y castaños, donde hacian sus nidos los *vichelocrego* (oropéndolas), — esas aves amarillas de paso, y del tamaño del tordo, y que forman el nido en la punta de las ramas, pendientes, bien atado y asegurado con raices y hasta con hilos. La yerva que cubría el *cómara* era finísima, llamada *cangroya* en el pais, y que viene á ser una especie de vinca—pervinca ó yerva doncella por su hermosura, de flores azules y parecida al laurel.

Allí, pues, me ejercitaba á andar, apoyado en Clara,—á fin de trasladarme pronto al palacio de Fontey, segun deseaba el doctor más que yo,—pues á mí me parecia que nunca habia sido más dichoso.

La víspera del dia designado para dejar aquella

dulce morada, me hallaba allí sólo con Clara en una tarde deliciosa.

Ambos sentiamos una tristeza infinita, á la idea de separarnos, como si la distancia de Peña de Foleche á Fontey, fuera inmensa, como de Galicia á la India.

Nuestra conversacion, hasta aquellos momentos, no habia dejado de ser nunca lo más afectuosa, y sincera, y pura como la de dos hermanos; pero con motivo de nuestra separacion inmediata, tomaba aquella tarde un tinte sombrío.

—Mañana á estas horas—le decia—ya no estaremos juntos, Clara!

La aureana suspiró tristemente.

—Pero yo confío—dijo despues—en que el señor vizconde no olvidará el camino, y ya que tanto le gusta este sitio, volverá á él cuando se restablezca del todo.

—Entónces... no podré venir, Clara.

—Porque, señor?

Y clavó en mí sus hermosos ojos azules como admirada, y un resplandor angelical iluminaba su semblante, transfigurado por la pasion que estallaba en su alma virgen.

—Porque... ya estará V. casada con Rosendo, el cazador de Celavente; y, tanto por V. como por él, mis visitas serian inconvenientes. Prescindiendo de lo mucho que la murmuracion se cebaria en eso, á Rosendo no le gustaria verme aqui, Clara.

—Rosendo!.. Rosendo!—murmuró la bella aureana con naturalidad—¿y qué tiene que ver Rosendo conmigo ni con V, señor vizconde?

—Lo que tiene que ver un marido con su muger..

—Su muger..! Yo no soy su muger.

—Lo será V. para entónces, Clara.

—¿Y por qué lo he de ser, si no quiero casarme...?

—¿Y por qué no se ha de casar V. con él, reuniendo tan buenas cualidades como reúne? Y si no con él, al fin tiene V. que casarse con otro. No creo que haya V. hecho voto de castidad.

Clara no me contestó por el pronto.

Inclinó la cabeza sobre el pecho con melancolía, y una lágrima asomó á sus párpados.

Después, balbuceó:

—Yo bien sé que soy una pobre y V. un gran señor... bien sé la distancia grande que hay entre los dos, señor vizconde, pero, feliz ó desgraciada, no quiero tratar ya á otro hombre.

Aquellas palabras, tan naturales lo decian todo, —y mi alma se abrió dulcemente para recogerlas en su seno, como abre una flor su corola al rocío consolador de la mañana.—Eran un rayo de sol, iluminando de rosa las tinieblas de mi espíritu, como los que lanzaba el sol sobre el *cómara* desde las cumbres de Casteloais.

Cogi rápidamente sus manos, y se las besé con trasporte.

Peró, reponiéndome en seguida y midiendo la profundidad del abismo á donde nos conduciría nuestro amor,

—Desventurada!—le dije—no se fije V. en si soy rico ó pobre; no se fije V. en la diferencia de nuestras posiciones, que eso al fin no pondría nada para mí; fijese V. en lo que es más insuperable, Clara; fijese V. en que soy... casado!

Esta palabra, con que creí yo aterrarla, ni la conmovió siquiera. Era el amor de Clara, un amor á toda prueba. Pudiera decir que injénito, constitutivo, orgánico desde que me conociera.

BENITO VICETTO.

(Se continuará).